

Relatos San Valentín 2012



Un amor de infancia

Jaystina

Un amor de infancia

Relato San Valentín 2012

Jaystina

¿Cuánto había pasado ya desde la última vez que había hablado con él? Hacía años que no le veía. Exactamente 10 años, 7 meses y 16 días, y aún no me había olvidado de aquel muchacho que me enamoró en una cálida tarde de verano. A pesar de tener 26 años, aún seguía viviendo con mis padres, ya que me estaba sacando el Doctorado en Neurocirugía aquí, en California. Nuestras casas eran vecinas ya que vivíamos a pie de playa, por lo que solo nos separaba un muro y una valla.

«Lo recuerdo como si fuera ayer. Esos paseos tan agradables por la playa, esa manera de mirarme que me hacía sonrojar, esos dedos acariciando mi piel como una pluma y dejando a su paso un leve escalofrío... Se podría decir que lo nuestro había sido un amor de verano, de infancia o incluso de juventud. Éramos vecinos desde los cinco años y nuestros padres se hicieron amigos enseguida. Cada domingo hacíamos una barbacoa, y yo siempre jugaba con su hermana Rose, ya que era de mi misma edad. Él, tres años mayor que nosotras, se nos quedaba mirando siempre, vigilándonos y cuidándonos. Yo siempre le observaba por el rabillo del ojo, y siempre me pillaba y me sonreía. A los trece años, le detectaron a mi querida amiga leucemia y ya dejamos de celebrar nada los domingos. Mis padres iban a visitarla con mucha frecuencia y mi querida madre siempre llevaba su bizcocho favorito. James, su hermano y el chico (o más bien hombre) del que he estado y sigo estando enamorada, siempre estaba con ella, no la dejaba sola nunca. Durante el periodo que estuvo encerrada en su cuarto, James y yo nos conocimos más, y me di cuenta de que era el chico perfecto. Al año siguiente operaron a mi amiga, por suerte, la operación salió estupendamente y en pocos meses ya estaba recuperada. Seguimos viéndonos y fue entonces, a los 16 años, cuando James me pidió que saliera con él. Me declaró su amor cuando estábamos paseando por la playa. Yo no me lo podía creer, pero era cierto. Claro, que lo nuestro solo duró los tres meses de verano, ya que él se tenía que ir a la Universidad y pronto se olvidó de mí.»

* * *

Esa mañana me había levantado un tanto extrañada, algo iba a suceder, algo que seguramente cambiaría mi vida, pero no sabía exactamente qué. Tras desayunar y charlar un rato con mis padres, me cambié de ropa, me puse algo cómodo y salí con Luna, mi perrita a pasear. Nada más pisar la arena, suspiré. Es lo que más había echado

de menos tras estar encerrada en mi cuarto durante meses, preparándome para los exámenes finales. Luna, mi pequeña carlina, no paraba de ladrar y jugar a mí alrededor, indicándome que estaba deseosa de pasear y como no, de ver a Rose. Desde que me encontré a Luna en la playa, Rose y yo hemos sido sus dueñas, y la hemos cuidado con todo el amor del mundo. Pero cuando Marta, la madre de Rose, empezó a dar señales de alergia a los perros, me tuve que hacer cargo yo de cuidar de Luna. Sonreí, y me fui directa a llamar al timbre de los Johnson, y así despertar a Rose. Antes de poder tocar el timbre, la puerta se abrió y ante mí, apareció el hombre más atractivo que había visto en mi vida. De pelo oscuro, ondulado, piel pálida y ojos azules como zafiros. Era más alto que yo, de anchos hombros y cintura estrecha, con piernas bien torneadas, y parecía tan sorprendido como yo. El caso es que me sonaba de algo...

—¿Claire? —preguntó este con una voz ronca, de lo más sensual. Entonces caí en la cuenta del único hombre que podía tener todas esas características.

—Hola, James —le contesté con una sonrisa forzada. Tantos años intentando olvidarle y ahí estaba, frente a mí. - ¿Está tu hermana?

—Diez años sin vernos y me preguntas eso. ¿No me vas a dar un abrazo, por lo menos? —inquirió arqueando una ceja.

—Por supuesto —le dije acercándome a él, oliendo su esencia, sintiéndole tan cerca que podía tocar el cielo. Extendí los brazos para abrazarle, y parecía que volvía a tener 16.

El sonreía, sus ojos estaban brillantes, me miraban con cariño, el cariño de un hermano hacia una hermana, solo eso. James rodeó mi cintura y me apretó contra él, sentí en mi cuello un suspiro y sus pestañas rozando mi mejilla cuando giró su cabeza para plantarme un beso en la mejilla. Sentía las lágrimas en las cuencas de mis ojos, a punto de ser derramadas. ¿Por qué? Ya casi lo había olvidado... Vale, en realidad no, pero lo intentaba. Miré detrás de su hombro y vi a su hermana observándonos con una sonrisa.

—Veo que ya os habéis reencontrado —comentó con diversión al ver cómo me apartaba enseguida del abrazo de su hermano. —Ha venido esta mañana, va a pasar unos meses aquí. Quizá podríais quedar para... recuperar el tiempo perdido.

—¡Oh! No hay nada que recuperar. Venía a verte, Luna quiere estar contigo. ¿Quieres venir a dar un paseo por la playa? —le pregunté a mi amiga, observando el ceño fruncido de James al ver que ni siquiera quería hablar con él, apartándolo de la conversación.

—Lo siento, pero no puedo. Estoy liada con un trabajo... de la Universidad —me dijo con tono inocente, aunque estaba segura de que no tenía nada que hacer. — Pero podría ir James, me ha dicho esta mañana que tenía muchas ganas de pasear por la playa.

—No hace falta, tiene que estar ocupado. Bueno, pues ya te veré... —contesté dando media vuelta. Pero antes de dar un paso, una mano me inmovilizó al agarrarme por el codo.

Sin darme cuenta empecé gritar y a pelear para quitarme el agarre, como ocurría siempre en mis pesadillas. Antes de hacerle una llave, me paré y le solté. Me miraba sorprendido y preocupado. Yo solo podía sentir vergüenza, el que me hubiese visto en uno de mis ataques. James miró a Rose, que se había acercado a mi enseguida, en cuanto había visto mis lágrimas, y luego volvió a mirarme a mí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, con los rasgos de su rostro cada vez más marcados por la preocupación.

—Nada...Mmm... Son pequeños ataques que la dan, cuando... Bueno... Tras una pesadilla —respondió Rose por mí—. No sé, es raro que la haya pasado ahora. Pero suele pasarle cuando alguien intenta retenerla. Para la próxima vez, procura no hacerla eso —volvió a mentir Rose.

—¿Segura que es por eso? —preguntó James cruzándose de brazos.

—Sí... Lo siento, si he llegado a hacerte daño. No quería... de verdad, que no quería.

Antes de que él pudiese hacer algo, me zafé de los brazos de mi amiga y salí corriendo. El viento acariciaba mi rostro, secaba mis lágrimas y me hacía olvidar. Le vi corriendo detrás de mí, y parecía que la pesadilla volvía. Otra vez aparecía tras ese callejón, esperándome... Empecé a sacudir la cabeza y me paré en seco. Tenía las manos heladas y me temblaban...

—¡Claire! —gritó él al verme de rodillas en la arena, llorando y con Luna aullando a mis pies.

Cuando llegó a mi lado, me cogió en brazos como cuando la ola casi me traga con nueve años. Otra vez protegiéndome. Pero esta vez, no era algo físico, era algo interno, un suceso que había intentado encerrar, pero que cada vez salía con más frecuencia. Cerré los ojos, y al abrirlos me encontraba en el salón de su casa, sus ojos buscaban mi mirada con ansiedad.

—No te vas a ir hasta que me cuentes, que cojones pasa. No me voy a tragar lo que me ha dicho mi hermana. Y ella no está aquí para volver a mentir. Así que empieza. ¿Qué ha pasado en estos años para que tengas esos ataques, ese miedo? —me preguntó el acariciando mi rostro.

—No tengo por qué contestarte. No eres nadie para indagar en la vida ajena de los demás.

—¿Qué no soy nadie? Soy el hermano de tu mejor amiga, tu vecino y ante todo...

—¡Déjame! —le dije incorporándome—. No has querido saber nada de mí en diez años, no te preocupes por mí ahora.

Estaba enfadada, indignada y sobre todo, dolida. En diez años ni un email, ni una carta, ni una llamada. Siempre me enteraba de noticias tuyas por su hermana, pero ella nunca me había dicho que había preguntado por mí, o si había intentado saber qué tal estaba. Sin poder dar un paso al frente, él furioso (y no sé por qué), me agarró de ambos lados del rostro y antes de poder gritar, me besó. Como nunca había

hecho, me besó con dulzura, con reverencia, con amor. Nuestras lenguas se entrelazaban, nuestra respiración iba conjunta, como una sola y mi corazón iba a salirse del pecho. Me latía desbocado, como cuando te montas en una montaña rusa. De pronto, el beso terminó, aún sentía sus labios rozando mi piel, secando mis lágrimas, susurrándome palabras de amor... Me separé renuente de su contacto y lo miré, para ver sufrimiento, preocupación y dolor en su mirada.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué hacerme ese daño?

—Porque te quiero. Y no quiero separarme nunca más de ti. Intenté contactar contigo, pero me era imposible —me dijo abrazándome.

—No era imposible, estabas en la Universidad, y que yo sepa no estabas en la Edad Media, por lo que no tienes ninguna excusa.

—No estuve en la Universidad —me dijo él seriamente—. Siéntate y te lo explico todo.

Sus palabras me hicieron reaccionar y me senté, esperando una conversación que no había dejado de imaginarme desde que me abandonó.

—Estuve solo unos meses en la Universidad, estaba muy liado y ni siquiera hablaba con mi familia. Me llegó una carta de mi padre, me decía que estaba arruinado y que no podía seguir con mis estudios. Me alisté en la marina, y desde entonces he estado trabajando para ellos. Cada tres meses mando dinero a mi familia, con una carta. Estuve tres años fuera de servicio por una herida de bala que casi me cuesta la vida —sus palabras hicieron mella en mi. ¿Había estado en la marina y Rose no me había dicho?

—¿Y tu hermana por qué no me lo dijo? —susurré dolida.

—Porque yo se lo pedí. En todas las cartas le preguntaba por ti. No hubo un día que no me haya acordado de ti. Nunca pude olvidarte. Llevaba siempre una foto tuya conmigo, para que me diera suerte.

—¿Por qué no querías que supiera nada de ti? Yo ansiaba saber si preguntabas por mí. Me pasaba las tardes llorando, esperando una llamada o una carta. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque pensaba que no querrías saber de mi, que habías rehecho tu vida con alguien... Perdóname, déjame compensártelo. Tengo tres meses antes de volver y quiero pasarlos contigo.

¿Era un sueño? Me dolía muchísimo la cabeza y no estaba como para pensar en nada. Asentí y medio sonreí. Si me hubiese visto mi psicóloga, me habría dicho: «Tonta, tonta y más que tonta». Pero el amor era así.

* * *

Pasaron dos meses, habíamos recuperado el tiempo perdido, volvíamos a estar juntos como si no hubiese pasado nada. Como si nada ni nadie nos hubiese separado. Reía más que nunca y lloraba, pero de felicidad. Todo era perfecto. Hasta que un día... me encontré con mi némesis, el hombre que había intentado violarme hacía 6 años y que supuestamente debía estar entre rejas. En mitad de la calle, le vi, observándome. El

miedo tiñó mis facciones, y sentí que la sangre abandonaba mi rostro. Con una sonrisa sacó de la gabardina una pistola y me apuntó con ella. Yo empecé a chillar y a gritar y empujé a James al suelo como pude. De pronto, se oyó un disparo, un cristal se rompió y yo caí al suelo, encima de James.

—Pero, ¿qué coño...? —empezó a maldecir James, apartándose con cuidado. Se puso en pie y persiguió a aquel individuo que nos había intentado matar.

No podía moverme, sentía frío por todas partes, temblaba, y me dolía muchísimo el estómago. La gente alrededor exclamaba y empezaba a llamar a la policía, a la ambulancia... ¿Qué me había pasado? Cerré los ojos, escuchaba las sirenas, y la voz de James gritando. Apareció frente a mí, y al verme se enfureció.

—¡Mierda! ¿Por qué me has apartado? Esa bala iba dirigida a mí. Mira lo que te ha pasado —exclamó preocupado y muerto de miedo, se lo notaba en la voz.

Con un esfuerzo notable, levanté la mano y le toqué el rostro. Pude apreciar que estaba llorando, una lágrima había caído en mi mano, una lágrima de amor. Entreabrí los ojos y lo miré con una media sonrisa.

—Te quiero. Era mi turno de protegerte —le contesté con un hilo de voz.

—No te mueras. No vas a morir. No lo voy a permitir —me dijo abrazándose con cuidado.

* * *

Me sentía como en una nube, ¿habría muerto ya? Escuchaba pasos, murmullos, y una calidez agradable en mi mano derecha. Abrí los ojos y me di cuenta de que estaba tumbada sobre una cama mullida, en una habitación blanca de hospital y a mi lado estaba James, con ojeras, demacrado y mirándome con ansiedad. Cuando le miré, me sonrió y mis padres y amigos acudieron para verme. Entonces vino a mí un torrente de imágenes que me hizo recordar lo que había sucedido.

—¿Qué me ha pasado? —le pregunté con la voz ronca.

—Te dispararon... ¿No te acuerdas? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Sí, me acuerdo. Pero... ¿cuánto tiempo llevo en el hospital?

—Tres días. Te operaron con éxito y ya estás fuera de peligro. Dicen que en dos semanas te dejan marchar —me dijo con una sonrisa.

—Eso es genial. Podré pasar mi cumpleaños con mi familia y amigos.

—Y conmigo —me dijo con dulzura.

—¿Y tú en qué categoría entras?

—¿Qué te parece en «pareja»? —me preguntó él divertido.

—Me parece perfecto —le contesté en un suspiro.

—¿Conocías a aquel tipo, verdad? —Y ahí venía la pregunta más esperada.

—Sí. Hace seis años, me intentó... violar en un callejón. Por suerte se encontraba por allí un grupo de chicos que acudieron a mi rescate, le dieron una paliza y llegó la policía. Pensaba que estaba en prisión.

—¡Mierda! —exclamó furioso. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación-. ¿Qué ocurre?

—Ese hombre se llama David Palmer. Estuvo en mi primer año de la marina. Durante ese año, me intentó boicotear, pero siempre me ascendían antes que a él, y eso le dolía. Le echaron cuando llegó a una misión, borracho, y la echó a perder. Me echó las culpas y estuvo en busca y captura por varios delitos que cometió. No sabía que la iba a tomar contra ti. No sé, como es que el sabía de tu existencia. Debería estar yo ahí, y no tú —me dijo el angustiado.

—No pasa nada, lo peor ya ha pasado. ¿Está entre rejas?

—Sí. Va a pasar el resto de su vida en la cárcel. No tendremos que preocuparnos más por él. Pero voy a hacer que su vida allí, no sea agradable.

* * *

Una vez pasadas dos semanas, los médicos me dieron el alta. Ya estaba recuperada, solo tenía que limpiar la herida cada mañana y por lo demás, podía seguir con mi vida. James me llevó en su coche hasta la playa, donde nos esperaban todos nuestros amigos, reunidos en una gran fiesta. En un gran cartel ponía: «Felicidades Claire». Miré extrañada el cartel y busqué a James con la mirada. Vestía unos pantalones negros descoloridos, y una camiseta de manga corta negra, con una sonrisa se acercó, se arrodilló y sacó de su bolsillo una cajita. ¡No podía estar pasando! Todos nuestros amigos se encontraban expectantes, mirándonos y sonriendo.

—Claire, quiero pedirte perdón por estos diez años separados. Pero quiero compensártelos. Te quiero, te he querido y te querré siempre. Dime, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa? He esperado años para poder pedírtelo, pero este anillo lo compré el mismo día en que te encaprichaste de él —Abrió la cajita y contemplé maravillada el anillo.

Cuando tenía dieciséis me había encantado un anillo de oro con una perla en el centro y que brillaba como si tuviese toda la luz del mundo en esa perla. Era hipnótico, brillante y elegante. En esa época mis padres no podían permitirselo, así que solo se lo comenté a James. Al día siguiente habíamos ido, pero lo habían vendido, y era único en el mundo. Me entristecí mucho y me acuerdo que James solo se había burlado de mí y me había dicho: «Algún día tendrás uno como ese».

—Sí, quiero —contesté eufórica, feliz. Todo el mundo empezó a aplaudir y a silbar, y encima de nosotros se escuchaba y se veía la pólvora con muchos colores y formas.

Tras esto, me puso el anillo en el dedo anular, se levantó del suelo y sin apartar su mirada de la mía, me besó. Yo me agarré a él, enrosqué mis manos en su nuca y le atraje más hacia mí. Nuestras lenguas danzaban en un baile más antiguo que las mismas constelaciones y nuestras respiraciones estaban acompasadas.

Nota de Autora: Unos meses después, Claire y James se casaron y se fueron a vivir a España, a comenzar una nueva vida allí. James, dejó la marina, y se convirtió en un detective privado. Desde entonces, no han vuelto a separarse y se podría decir, que se quieren más que nunca.

